

Entre alas y suspiros

NAZARET SOSA

Platero
COOLBOOKS 

Título: Entre alas y suspiros

Primera edición: febrero, 2026

© 2026, del texto Nazaret Sosa.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 856-2026

ISBN: 979-13-87720-86-5

Para quienes se sostuvieron solos y, aun rotos, fueron luz.



Índice

Capítulo 1 El peso de las horas	9
Capítulo 2 Heridas que despiertan.....	15
Capítulo 3 El rostro entre la gente.....	21
Capítulo 4 Yo, el que observa.....	27
Capítulo 5 El café y la sombra.....	31
Capítulo 6 Los hilos que me sostienen	37
Capítulo 7 Lo que no puedo dejar ir	43
Capítulo 8 La gravedad de su presencia	49
Capítulo 9 Reconocer lo invisible.....	53
Capítulo 10 Detrás de la luz.....	59
Capítulo 11 La luz que desaparece	65
Capítulo 12 Aquello que no debía sentir	71
Capítulo 13 Algo en él era distinto.....	77
Capítulo 14 El castigo de sentir	83
Capítulo 15 A alguien se le puede estar muriendo	89
Capítulo 16 Amarte también es saber soltarte.....	97
Capítulo 17 Pecado eterno	103
Capítulo 18 Prométeme que vivirás.....	109

Capítulo 19 Escribiendo lo que queda.....	115
Capítulo 20 Sueños de tinta y luz	119
Capítulo 21 Cuando vivir dejó de doler	125
Capítulo 22 Pequeñas vidas, grandes comienzos	131
Capítulo 23 Siempre cerca.....	135
Capítulo 24 Entre palabras y susurros	141
Capítulo 25 Palabras que me liberan	147
Capítulo 26 Un refugio para almas	153
Capítulo 27 Dulce victoria	159
Capítulo 28 Donde siempre estuve	165
Capítulo 29 Lo que queda cuando todo arde.....	171
Capítulo 30 Donde por fin somos	179
Capítulo extra.....	185
Agradecimientos.....	193

Capítulo 1

El peso de las horas

LIRA

Un rayo de luz pálida, fatigada, se coló entre las cortinas mal cerradas y fue a morir justo sobre mi rostro, como una caricia que no pedí. Abrí los ojos con lentitud, no porque estuviera cansada —a pesar de que siempre lo estaba—, sino porque cada despertar se parecía demasiado al anterior, y no había urgencia alguna por empezar otro día igual. El aire de la habitación estaba quieto, denso, con ese olor a noche que no se iba del todo aunque amaneciera. Me quedé unos segundos mirando al techo, repasando las pequeñas grietas que ya conocía de memoria. En una de ellas, justo encima de la lámpara apagada, había una forma que siempre me recordaba vagamente a un corazón mal dibujado. Jamás supe por qué me obsesionaba tanto esa grieta... quizás porque incluso rota, tenía forma de algo vivo.

Me incorporé con un suspiro silencioso, deslizando los pies desnudos por el suelo frío. El apartamento estaba igual que cada mañana anterior: ordenado hasta el límite de lo impersonal, como si me esforzara demasiado en que nada pareciera habitado en exceso. Como si dejar huellas fuera peligroso, como si quedarme demasiado fuera una amenaza.

Frente al espejo del baño observé mi reflejo con esa atención distraída que acontece cuando uno mira su propia cara solo por costumbre, no por curiosidad. Mis ojos tenían ojeras suaves, no escandalosas, pero profundas... Como si alguien las hubiera dibujado con delicadeza y tristeza a la vez. Eran unos ojos tranquilos para quien los viera desde fuera, pero huecos para quien supiera leerlos desde dentro. No recuerdo con exactitud cuándo perdieron el brillo, tal vez nunca lo tuvieron, tal vez siempre fui así: un espacio sin luz esperando algo que no sabía nombrar.

Me recogí el cabello en una trenza de espiga con manos torpes, más por hábito que por verdadero cuidado. Lo hacía casi igual cada día, me gustaba tener el cabello sujeto, bien apretado, como si de ese modo pudiera contener también el desastre que llevaba dentro. Me preparé un café fuerte, amargo, como siempre. Nunca le ponía azúcar, decía que me gustaba así, pero quizá en el fondo pensaba que merecía cada trago áspero... como una forma inconsciente de castigo.

Me llevé la taza al pequeño escritorio junto a la ventana y me senté frente a mi libreta, la libreta, mi enemiga, mi refugio, mi condena. Estaba llena de tachones, frases interrumpidas, ideas que comenzaban como si fueran a iluminar el mundo y morían tres palabras después, asfixiadas por mi propia incapacidad para seguirlas. Hojas y hojas de intentos torcidos, líneas heridas por tinta negra que gritaban mi frustración.

Solo me quedaban dos meses. Dos meses para entregar un manuscrito que no avanzaba, dos meses para demostrar que no era una farsa, dos meses para no decepcionar a la editorial, dos meses para no decepcionarme a mí. Apoyé los codos en la mesa, hundí el rostro entre mis manos, y suspiré por tercera vez en menos de diez minutos. El café se enfriaba a mi lado sin que yo lo tocara. Su aroma ya no me despertaba nada, antes me gustaba ese olor, antes muchas

cosas me gustaban. Ahora... casi nada.

Pasé despacio los dedos por las páginas anteriores. Las toqué como quien palpa una herida: con cuidado, pero sin poder evitar el dolor. Me daba vergüenza leer mis propias palabras. Era como asomarme a un pozo del que no podía salir. El bolígrafo temblaba ligero entre mis dedos, no por frío, ni por agotamiento, tampoco físico. Si no al ritmo de mis latidos, al son de mi alma. Respiré hondo, y en el silencio de mi apartamento —ese silencio espeso, invasivo, casi cruel— sentí cómo el mundo me oprimía sin tocarme. A veces creía que mi casa estaba llena de fantasmas. No de los que arrastran cadenas. Sino de los que dejan ausencias.

Miré el reloj. Las agujas avanzaban igual que siempre. Indiferentes ¿Cómo podía el tiempo seguir funcionando si yo sentía que estaba detenida desde hacía años? «Concéntrate», me dije. Pero mi propia voz interior sonó hueca. Frágil. Como si me hablara alguien a quien ya no le tenía demasiada fe.

Me incliné hacia la página en blanco, escribí una frase, la taché, otra, tachón, una más, la rompí incluso antes de terminarla, era ridículo cuánto se parecía la hoja a mí: vacía y, al mismo tiempo, llena de errores invisibles. A veces sentía que no solo mi libreta estaba rota. Yo también. La lluvia comenzó a golpear la ventana con suavidad, tímida al principio, como si pidiera permiso para entrar en mi mundo. Luego se volvió constante, rítmica, casi delicada. Siempre me había gustado la lluvia. No sabía por qué. Tal vez porque disimulaba mis lágrimas cuando las tenía, tal vez porque el mundo parecía más lento bajo ella, tal vez porque nadie esperaba demasiado de un día lluvioso.

Me quedé mirando las gotas resbalar por el cristal, formando caminos efímeros que desaparecían igual que mis pensamientos, cada gota parecía una historia entera que nacía y moría en segundos. Sentí un nudo en la garganta, no de esos que piden llorar, sino de esos que piden desaparecer.

Cerré la libreta con cuidado, dejando la palma de mi mano encima, no quería rendirme, pero tampoco sabía cómo seguir. Entonces apareció ese pensamiento, el que siempre aparecía. ¿Y si dejo de intentarlo? ¿Y si paro de escribir? ¿Y si paro de existir?

Sacudí la cabeza como si pudiera expulsarlo de mi mente. No, no hoy. Cerré los ojos, la casa estaba demasiado silenciosa, el silencio también puede gritar. Me levanté despacio y caminé hacia la ventana. Abrí apenas, lo suficiente para que entrara aire frío y húmedo, la lluvia me rozó el rostro como un beso triste. Y entonces... Lo vi.

En el edificio de enfrente, quinto piso, la ventana estaba encendida. Me quedé inmóvil, aquel apartamento llevaba vacío años, lo sabía, todos los vecinos lo sabían. Era uno de esos lugares que parecían tener historia, pero nadie quería hablar de ella, las persianas siempre cerradas, el polvo acumulándose con paciencia, la oscuridad permanente. Pero ahora una luz cálida iluminaba el interior. La cortina estaba entreabierta. No vi a nadie, ni una sombra, ni una silueta, solo la luz. Y, aun así, sentí algo, no miedo, algo más fuerte, más delicado. Una vibración suave, una intimidad inexplicable, como si esa luz supiera mi nombre.

Un escalofrío me recorrió la espalda con una lentitud inquietante. No era desagradable, era... profundo. Una parte de mí supo; sin pruebas, sin razón, que algo acababa de cambiar. Sin querer, sin entender, sin pedir permiso. Me quedé allí más tiempo del que puedo explicar mirando aquella ventana como si fuera una herida abierta en la noche. Una herida luminosa. Al fin, cerré mi propia ventana, la cortina cayó pesada y yo también.

Volví a la mesa con el pulso acelerado, con el pecho extraño, me senté, deslicé el bolígrafo entre mis dedos, lo apoyé sobre el papel y entonces... Fue cuando algo se rompió dentro de mí. O, tal vez, algo se abrió. Las palabras brotaron, no forzadas, no pensadas, no heridas. Fluían, no sabía de

dónde venían, solo sabía que eran mías o que me atravesaban. El bolígrafo se movía como si escribiera solo, mis manos no dudaban, mi mente no bloqueaba, mi corazón no temía. Escribía, por primera vez en mucho tiempo.

No levanté la vista, no pestañeeé casi, no pensé, solo dejé que aquello ocurriera, como si alguien hubiera encendido una luz dentro de mí. Y aunque no podía nombrarlo, de algún modo inexplicable, supe que no estaba sola.



Capítulo 2

Heridas que despiertan

LIORA

El sonido áspero de mi respiración fue lo primero que escuché al despertar, un sonido roto, torpe, como si mis pulmones hubieran olvidado durante unas horas cómo cumplir su función, un jadeo atrapado en la garganta, una inhalación que temblaba antes de existir del todo. Abrí los ojos despacio, con la sensación de haber corrido durante siglos dentro de un sueño, como si mi cuerpo hubiera atravesado un lugar donde el descanso no existe. Tardé unos segundos en entender dónde estaba y el mundo se demoró en volver a tener forma; la mejilla me dolía, el brazo estaba completamente dormido y el cuello rígido, como si hubiera sido esculpido en piedra durante la noche. Bajé la vista y entonces lo vi: mi libreta abierta bajo mí, aplastada por mi peso, las páginas arrugadas, torcidas, manchadas de tinta y sombra, palabras aplastadas por mi cuerpo, letras deformadas, frases partidas por la presión de haber dormido encima de ellas como si fueran un colchón precario hecho de confesiones.

Había escrito más de lo que pensaba, mucho más, páginas enteras, no solo frases sueltas o ideas inconclusas; había capítulos, escenas, dolor. Había volcado toda mi rabia,

recuerdos, heridas que nunca supe nombrar. Miré esas páginas como si no fueran mías, como si alguien más hubiera vivido dentro de mí durante la noche y hubiera usado mis manos para hablar por primera vez, pero no tuve tiempo de procesarlo porque la pesadilla seguía ahí, no como un recuerdo, sino como una presencia, una sombra todavía sentada en el borde de mi cama, respirando conmigo. El corazón me latía demasiado rápido, las manos sudaban y la garganta estaba seca, cerrada, con esa sensación de haber gritado sin emitir sonido; intenté respirar hondo, pero el aire se me quedó atascado a medio camino. Y entonces la imagen regresó, violenta, implacable: mi madre, de pie en la puerta de mi habitación, con los brazos cruzados y ese gesto que conocía demasiado bien. No era odio ni rabia, sino decepción, lo que era mucho peor. En la pesadilla, ella no levantaba la voz ni gritaba ni insultaba; su forma de herirme siempre fue más quirúrgica.

—No sé qué vamos a hacer contigo, Liora.

Decía mi nombre como si fuera una equivocación, un tropiezo, una palabra que nunca quiso pronunciar.

—Tu hermana no nos da problemas —continuaba—. Tú siempre haces todo difícil.

En el sueño no había defensa ni fuerza, solo yo, pequeña, clavada al suelo como una sombra sin dueño. Siempre era ella, mi hermana, perfecta, luminosa, la niña de las fotografías, la que sonreía sin esfuerzo, la que recibía abrazos incluso cuando no los pedía. Yo era lo contrario, yo era un ruido, un fallo en una casa que exigía silencio. La pesadilla avanzaba como siempre: mi hermana riendo en la cocina mientras mamá le acomodaba el pelo, yo entrando en silencio, esperando... esperando una mirada que nunca llegaba. Recuerdo la mesa, el olor de comida, las risas, y yo sentada, esperando ese plato de comida que nunca llegaba, solo para ocupar espacio. Y entonces su voz, clavándose otra vez:

—¿Por qué no puedes ser como ella?

Nunca necesitó decirlo directamente aunque así lo hacía. Mi cuerpo lo entendió desde niña: si fueras ella, te querría.

Me incorporé de golpe. El sudor frío me corría por la espalda como una lluvia privada y tenía las mejillas húmedas; me toqué el rostro y supe que había estado llorando, no lo recordaba, pero mi piel sí. Bajé la mirada a mis manos, temblaban. Afuera seguía lloviendo, una lluvia fina, insistente, que golpeaba los cristales como si quisiera entrar. La luz del amanecer apenas se filtraba por las cortinas, volviendo mi apartamento un paisaje gris y detenido. Todo parecía igual y al mismo tiempo nada lo era.

Mi escritorio era un desastre perfecto de insomnio: tazas de café vacías, papeles arrugados, un bolígrafo sin tapa, y la libreta abierta desangrada de palabras. Me acerqué despacio, como si temiera que las letras cambiaran si las miraba demasiado tiempo. Leí algunas frases; no me reconocí, pero entendí cada una. Había escrito lo que nunca me atreví a pensar en voz alta: me dolía haber crecido sintiendo que sobraba, me dolía ver cómo mi hermana recibía amor como algo normal y yo como algo imposible, me cansé de intentar ser suficiente, estaba agotada de existir pidiendo permiso. Cerré los ojos, tragué saliva y una presión nueva se instaló en mi pecho. Y entonces lo sentí otra vez. No era un recuerdo ni una emoción, era otra cosa, algo que no venía de mí: una vibración suave en el aire, como un latido que no era mío. Giré la cabeza hacia la ventana y ahí estaba, la luz del apartamento de enfrente; encendida, firme, inalterable, como si el mundo se hubiera olvidado de apagarla, como si alguien llevara horas despierto en esa misma quietud que a mí me destrozaba. Me acerqué sin pensar; la lluvia distorsionaba la imagen, pero no la hacía menos real. No vi sombras ni movimiento, solo la luz, detenida, presente. Mi pecho se cerró ligeramente, no con miedo, con algo más difícil de nombrar, soledad que se reconoce en otra soledad. Me apoyé en el

cristal y el frío me subió por los dedos, y entonces ocurrió algo que no tenía explicación posible: mi palma empezó a arder, no como una quemadura ni como dolor, era calor, un calor lento, suave, humano, como si alguien tomara mi mano con cuidado, como si alguien me sostuviera desde el otro lado del aire. Aparté la mano de golpe, el corazón me dio un salto; miré mis dedos, no había marcas ni señales, pero el calor seguía latiendo.

Regresé de prisa a la mesa, como si alejarme de la ventana pudiera devolverme a algo conocido. Me senté y cerré la libreta con fuerza, como si así pudiera encerrar lo que había despertado en mí. Lo que había escrito no era bonito ni literatura amable, era sangre convertida en palabras y, por primera vez en semanas, era verdad. Me abracé, no por frío sino por instinto. Había algo distinto en el aire, algo que no pertenecía a mi casa, una densidad nueva, una presencia que no exigía permiso. Mi apartamento parecía respirar conmigo, o por mí.

Miré hacia el pasillo, oscuro, inmóvil; no había nada y, sin embargo, sabía que no estaba sola, no con la lógica sino con algo más profundo, con una certeza antigua, inexplicable. Pensé que si decía mi nombre en voz alta alguien respondería. Tragué saliva y me levanté con cuidado; mis pies hicieron crujir el suelo, pero ese sonido ya no me pertenecía solo a mí, sonaba distinto, como si rebotara en algo invisible.

—Es solo tu cabeza —susurré.

Mi voz sonó pequeña, insegura.

Fui a la cocina, tomé un vaso, lo dejé, apreté la encimera; el metal frío, la madera, la cerámica, todo estaba en su lugar y todo había cambiado. Sentía algo mover el aire a mi alrededor, no como un viento sino como una respiración, no hostil ni invasiva, atenta, como una presencia paciente, como alguien esperando. Corrí de vuelta al salón, me detuve en mitad del espacio y contuve el aliento. El apartamento exhaló, no en sonido sino en sensación, una calma

extraña, un susurro sin voz, un «no estás sola» que no venía en palabras.

Me senté otra vez y, por primera vez en mucho tiempo, no me sentí abandonada, no completamente. La tristeza seguía, los recuerdos también, pero ahora había algo más: una compañía sin cuerpo, un calor sin forma, una certeza absurda. Alguien estaba conmigo y no me dolía, al contrario, una parte rota de mí descansó.



Capítulo 3

El rostro entre la gente

LIORA

Desperté con una pesadez distinta a la habitual, como si mi cuerpo hubiera pasado la noche entera sosteniendo algo invisible; no era cansancio común ni ese agotamiento asentado en los huesos del que no se libraba ni con horas de sueño, era otro tipo de peso, más suave, más profundo, más... extraño, como si aún llevara adherido el eco de un lugar al que había ido mientras dormía y no recordaba del todo. Durante unos segundos no supe dónde estaba. El techo parecía diferente y la luz que se filtraba por la rendija de la cortina tenía un tono más cálido; incluso el aire... el aire se sentía distinto, templado, silencioso, casi atento. Respiré hondo; no tuve esa ansiedad que normalmente me despertaba con el corazón acelerado, ni hubo esa sensación de caída repentina que me acompañaba casi todas las mañanas desde que tenía memoria. No desperté llorando, no desperté rota, no desperté huyendo de ningún recuerdo inmediato.

Me incorporé despacio sobre la cama, apoyando las manos sobre las sábanas arrugadas como si necesitara comprobar que todo seguía siendo real. Lo era: mi apartamento estaba igual que siempre, el mueble oscuro frente a la cama, la

pila de libros en una esquina, la silla con la sudadera colgada del respaldo, la libreta abierta sobre el escritorio, aún donde la había dejado la noche anterior con la última frase escrita a medias; pero yo no estaba igual, eso lo sentí con una certeza incómoda. Había algo dentro de mí que se había movido durante la noche, como una pieza encajada por primera vez después de años fuera de sitio, no se sentía como claridad ni alivio, se sentía como... preparación. Me llevé una mano al pecho; mi corazón latía tranquilo, demasiado tranquilo.

—Qué raro... —murmuré, casi con culpa.

Miré el móvil sobre la mesilla y tenía una notificación. Entonces recordé el paquete, los libros. Había comprado varios libros de segunda mano por internet unos días atrás, de esos que ya no se editaban, autores olvidados, ediciones que solo sobrevivían en mano de quienes los habían amado tanto que no habían podido tirarlos ni siquiera cuando la vida los obligó a mudarse, a desprenderse, a reducir todo a lo esencial. Siempre creí que los libros usados tenían alma, no era una idea romántica sin fundamento, era una convicción. Las páginas guardaban rastros invisibles de quienes habían pasado por ellas antes, las emociones con las que las leyeron, los lugares donde se habían abierto, las lágrimas que habían absorbido, los sueños que habían acompañado. Leer un libro usado era como escuchar un eco, como sintonizar con voces que ya no estaban ahí pero que se negaban a desaparecer del todo.

Me incorporé con algo más de ánimo del que había tenido en semanas, fui al armario y me puse una sudadera cómoda, recogí mi cabello sin mirarme al espejo, hacía tiempo que había dejado de hacerlo; y luego, casi sin pensarlo, caminé hacia la ventana. El edificio de enfrente estaba oscuro, completamente, el apartamento del quinto piso, el de la luz de la noche anterior, estaba otra vez sumergido en la misma negrura de siempre; no había rastro de aquella calidez que parecía haberme observado durante horas mientras yo

escribía sin entender por qué.

Fruncí el ceño; mi pecho se apretó un poco, no sabía por qué, había sido solo una luz, solo una ventana, solo una casualidad. Permanecí varios minutos en silencio, mirando la luz apagada, con la esperanza de que algo cambiara, que una respuesta llegara desde el otro lado. Pero todo permaneció quieto, y suspiré.

Me alejé de la ventana, incómoda conmigo misma por sentir una punzada de decepción, me puse el abrigo, guardé el móvil en el bolsillo, tomé las llaves y salí. En cuanto la puerta se cerró tras de mí, el aire de la calle me envolvió como una caricia fría. La lluvia había caído durante la madrugada; no quedaba más que su rastro, las aceras brillando como espejos rotos, los árboles sacudiendo gotas rezagadas, los charcos acumulados en esquinas olvidadas, el cielo aún estaba cubierto, pero las nubes comenzaban a fragmentarse aquí y allá, dejando pasar pequeños retazos de claridad.

Caminaba como siempre, con la cabeza baja; evitar miradas era un acto automático, no consciente, como respirar, no era timidez, era otra cosa, era protección, mirar a la gente a los ojos implicaba exponerse, y yo no había aprendido a existir sin protección. Mis pasos sonaban huecos sobre el asfalto húmedo; había gente por todas partes: una mujer paseando a su perro, un chico con auriculares, una pareja discutiendo en voz baja, un hombre serio con un maletín bajo el brazo. Rostros, historias, vidas enteras cruzándose a centímetros unas de otras sin rozarse jamás; me perdía entre ellos como fantasma.

Entonces lo vi, fue tan repentino que mi cerebro tardó en procesarlo, fue como si el mundo hubiese sufrido una interrupción inexplicable, como si alguien hubiera apagado todos los sonidos al mismo tiempo. Un chico caminaba en dirección contraria a la mía, por la misma acera, entre la gente, como uno más y al mismo tiempo como ninguno. No abrió paso, no se apartó, no chocó con nadie, parecía flotar

entre los cuerpos que lo rodeaban.

Alto, delgado, con un abrigo oscuro que parecía demasiado elegante para una mañana cualquiera, y su rostro no fue una cara bonita, fue algo más profundo que eso, una belleza que no gritaba ni seducía ni intentaba gustar, simplemente... era, pura, innegable, como una obra de arte que no necesita ser explicada. Su piel parecía casi luminosa en contraste con el cielo plomizo, sus facciones eran suaves, armónicas, imposibles en su perfección silenciosa, no tenía ningún rasgo exagerado, nada llamativo de forma obvia, pero todo, absolutamente todo en él parecía encajar de una forma que desorientaba. En ese momento me miró, no primero, yo lo miré antes, como si algo dentro de mí hubiera reaccionado sin pedirme permiso; al principio él caminaba con la mirada baja y luego la levantó, directo hacia mí. No fue casual, no fue un cruce fortuito, fue... un encuentro.

Sentí en ese instante un latigazo que me recorrió desde la base de la columna hasta la nuca, mis pulmones se tensaron, mi corazón dio un salto torpe dentro del pecho; pero no era miedo, no era vergüenza, no era pánico, era reconocimiento, eso fue lo que más me desconcertó. Mi mente no comprendía lo que sentía, pero mi cuerpo sí; mis manos se entumecieron, me detuve sin darme cuenta, él también redujo el paso, casi imperceptiblemente. No era una mirada curiosa, no era evaluación, no era deseo, era algo mejor y más doloroso, era la forma en que uno mira algo que ha perdido y acaba de encontrar.

Mi visión se nubló por un instante, no de lágrimas, de energía, como si algo invisible se hubiera encendido bajo mi piel; cuando pasó a mi lado, el aire cambió, literalmente, lo sentí, el frío de la mañana estaba ahí, pero también había calor, un calor tibio, reconfortante, inesperado, era como si llevara consigo una temperatura distinta al resto del mundo. Me estremecí, él no giró la cabeza, no sonrió, no habló, siguió caminando, pero su presencia no se fue con él,

la sentí varios pasos más atrás, como si parte de él aún caminara dentro de mí. Tragué saliva, mis piernas temblaban, no me atreví a girarme, no porque no pudiera, sino porque una parte de mí sabía que si lo hacía... no volvería a ser la misma.

Caminé más rápido, el resto del trayecto hasta la oficina de correos fue una nebulosa; el mundo permanecía ahí, pero yo no terminaba de sentirlo, era como si mi consciencia estuviera atrapada en esa mirada, en esos ojos imposibles, difíciles de describir, ni claros ni oscuros, como si reflejaran algo que no tenía nombre. Recogí mi paquete sin mediar palabra, firmé, agradecí con un gesto y salí, y durante todo el tiempo sentí el paquete apretado contra mi pecho, no por miedo a que me lo quitaran, sino porque me sentía desnuda, vulnerable, como si aquel encuentro me hubiera arrancado una capa que llevaba años protegiéndome.

Regresé a casa con una mezcla extraña de ansiedad y expectación; quería encerrar aquello dentro de cuatro paredes, quería asegurarme de que no había sido una alucinación. Cuando llegué al edificio subí las escaleras lentamente, demasiado consciente de cada respiración. Me detuve frente a mi puerta, respiré y la abrí.

Todo estaba igual, normal, silencioso, mi refugio. Dejé el paquete sobre la mesa, me quité el abrigo, tomé uno de los libros, pero las letras bailaban frente a mis ojos, no lograba concentrarme, y cada pocos segundos, la imagen de aquel rostro volvía, no como recuerdo, sino como presencia.

La tarde pasó de puntillas, el cielo oscureció, encendí la lámpara y entonces... como si el mundo hubiera esperado ese momento, levanté la vista hacia la ventana del salón y el corazón casi se me detuvo. La luz del apartamento de enfrente estaba encendida, la misma luz, el mismo tono cálido, el mismo resplandor que parecía acariciar la oscuridad. Me acerqué, lenta, respirando como si cada paso fuera una decisión vital, y allí, a través del cristal, estaba él, de pie frente a

su ventana, mirando hacia la mía. No sorprendido, no confundido, no curioso, como si supiera... que yo iba a mirar.

Nuestros ojos se encontraron; el tiempo se suspendió, no físicamente, emocionalmente, nadie se movió, su expresión era suave, no había tristeza, no había urgencia, había... paz.

Entonces sonrió, no con los labios, con el alma, una sonrisa que no pedía nada, que no exigía, que no hería, una sonrisa que decía: «Te encontré». Sentí algo abrirse dentro de mí, una grieta por donde entró la luz; no hui, no me escondí, no cerré la cortina, lo miré con temor, con entrega, con una necesidad que no entendía, pero que era real. Por primera vez en años, no me sentí invisible, no me sentí sola, no me sentí error, sentí que alguien, por fin, me estaba viendo de verdad. No sabía quién era ni qué era ni por qué había aparecido, pero algo dentro de mí supo, sin duda, que aquello no era una casualidad y que desde ese instante nada volvería a ser como antes.

Capítulo 4
Yo, el que observa

LUKE

Siempre he sido una sombra, una presencia que habita los espacios donde la respiración se vuelve hilo y el corazón aprende a callar. Los humanos creen que la muerte es ruido, un golpe de puerta, un relámpago que parte la noche en dos, pero yo sé la verdad: la muerte es un suspiro que pasa desapercibido, un temblor en el alma, un adiós que no siempre tiene voz.

Yo no llevo capa negra, no tengo guadaña, no camino entre tumbas; yo camino entre lo invisible, me deslizo entre instantes, entre promesas rotas, entre últimos pensamientos, no tengo rostro para ellos ni nombre que puedan pronunciar sin temor, yo solo existo cuando todo lo demás deja de hacerlo, o eso creía hasta que ella respiró, hasta que su alma gritó sin emitir sonido, hasta Liora.

La primera vez que la vi no fue casualidad, fue un error en la arquitectura del destino, un eco que no debía existir todavía, tenía catorce años cuando su alma tembló tan fuerte que atravesó planos que jamás deberían tocarse, no fue un deseo claro ni una súplica consciente, fue algo más puro y peligroso: cansancio. Ese cansancio que no se anuncia, que

no grita, que simplemente... se rinde. Yo lo escuché y fui.

No debía haber ido, no era su hora, ni siquiera debía saber de su existencia, pero cuando un alma resuena con la intensidad suficiente... ni siquiera la muerte puede ignorarla. Entré en su casa aquella noche como quien penetra en una grieta del mundo; el aire olía a palabras no dichas, a rencor viejo, a promesas incumplidas, aquella casa no estaba habitada por personas: estaba habitada por ausencias, y la más grande de todas... era el amor.

Su madre caminaba por esos pasillos como una reina sin reino, elegante, distante, cruel sin necesidad de alzar la voz; su mirada nunca se detenía en Liora, no de verdad, y cuando lo hacía, era para compararla, para hierirla sin tocarla.

—Mírate —decía sin decirlo.

—Mira a tu hermana —gritaba en cada silencio.

—Aprende —acusaba con cada gesto.

Y la niña... obedecía, no lloraba fuerte, no rompía cosas, no pedía, solo se hacía pequeña, más pequeña de lo que una niña debería ser jamás. Yo la vi acurrucarse en su habitación como si quisiera desaparecer entre las sábanas, vi cómo apretaba los puños sobre su propio pecho intentando arrancar de sí eso que dolía, cómo intentaba quedarse dormida no para descansar... sino para no despertar. Y fue entonces cuando algo que no tenía nombre me atravesó. No debería importarme, no debería haber sentido nada, pero sentí, no compasión ni deber, algo más íntimo, más terrible. Quise acercarme... y no pude, quise tocar su frente... y no existían manos para hacerlo, quise decirle que todo pasaría... y no había voz para mí. Pero podía hacer otra cosa: intervenir sin ser visto, torcer causas, desviar consecuencias, robar ese instante al destino, y lo hice.

Apagué peligros antes de que se volvieran finales, dormí a su miedo cuando se volvió insoportable, aplacé encuentros con la oscuridad que ya la estaban tentando, no sabía por qué la protegía, solo sabía que no podía no hacerlo, y

eso... ya era amor.

Después vinieron los años, los cumpleaños que nadie celebraba, las velas apagadas en soledad, las sonrisas que no llegaban a los ojos; catorce se volvió quince, quince en dieciséis, dieciséis en diecisiete, y así cada año, y yo... nunca me fui, siempre ahí, en cada noche que quiso desaparecer, en cada tarde que creyó no importar, en cada ocasión en la que el mundo le demostró que podía ser cruel incluso sin intención.

Su madre nunca cambió, seguía usando las palabras como armas sutiles, lanzando comparaciones como cuchillas invisibles, dejando claro que Liora era un error que no sabía corregir, y su hermana... tan perfecta, tan ajena, tan incapaz de ver el incendio que ocurría a dos habitaciones de distancia. Liora creció sintiendo que no merecía ser mirada, que no era suficiente en ningún idioma, que su cuerpo era incorrecto, que su alma era demasiado.

Yo veía todo eso, cada pensamiento horrible, cada conclusión equivocada, cada herida que no sangraba pero nunca sanaba, y yo la guardaba dentro de mí, como si pudiera sostener todo lo que nadie más sostenía.

No sé cuándo dejó de ser «la humana que no debía morir aún», y cuándo se convirtió en mi luz, mi única certeza, lo único real en una eternidad que jamás había tenido, sentido, porque antes de ella... yo solo existía, no vivía, no deseaba, no temía, no recordaba, pero con ella... yo empecé a contar los días, yo, que no conozco el tiempo, yo, que he visto imperios desmoronarse como castillos de arena, yo... contaba sus respiraciones, su avance, sus pequeños logros invisibles, su forma torpe de seguir adelante aun cuando todo dentro de ella gritaba que no lo hiciera.

Y entonces lo supe: la amaba. No como los humanos aman, yo la amaba como ama el que no puede tocar, como ama el que observa desde el abismo, como ama el que daría su eternidad por diez años más de su vida, y eso me aterrorizó. Porque yo no perecía, no enfermaba, no envejecía, pero

con ella... aprendí el miedo: miedo a perder, miedo a llegar tarde, miedo a no ser suficiente incluso siendo inmortal.

El día que su corazón cambió de latido... lo sentí, no como tragedia, sino como despedida adelantada, una despedida escrita en cansancio; no fue una noche especial, no hubo lluvia dramática, ni gritos, ni despedidas, solo agotamiento. Ella no solo quería morir, quería descansar de existir, y ese cansancio... era más peligroso que cualquier tormenta. Ese fue el día que supe que debía romper todas las reglas, que no podía seguir siendo solo un espectador, que no podía protegerla desde lejos, porque protectores distantes también pierden, y yo... no podía perderla.

Así que descendí, tomé forma, robé materia, aprendí el peso del cuerpo, la lentitud de los pasos, el sonido de la sangre, elegí un rostro que no la asustara, una voz que no hiriera, un cuerpo que no intimidara, y ocupé el apartamento frente al suyo, no para espiarla, sino para acompañarla, para existir donde ella pudiera sentirme sin saber quién era.

La primera noche encendí la luz... y su alma tembló, la reconoció, no conscientemente, no con palabras, pero la reconoció, como se reconoce algo que siempre fue tuyo aun sin haberlo tocado. Y yo supe, ella también me estaba esperando, sin saberlo, desde siempre. Yo estaba allí cuando escribía, cuando lloraba, cuando se rendía un poco... pero nunca del todo; yo estaba allí cuando dudaba, cuando se odiaba, cuando deseaba no despertar; y me quedaba en silencio, sosteniéndola con una presencia que no podía ver pero sí sentir. Porque su alma jamás perteneció a la oscuridad, nunca. Ella no nació para romperse, nació para arder, para iluminar incluso cuando no sabía que lo hacía. Y yo... bajé del fin del mundo por ella, me enfrentaría a lo que fuera, a dioses, a leyes, a universos, porque aunque soy la muerte... por primera vez en toda mi eternidad deseé ser vida, para ella, para Liora, la que nunca debió sentirse sola, la que no sabe que cada latido suyo... ha sido siempre mi elección.

Capítulo 5

El café y la sombra

LUKE

Los humanos creen que las coincidencias existen. Dos caminos que se cruzan sin aviso son obra del azar, miradas que se encuentran entre multitudes son simples accidentes, ciertos encuentros suceden porque sí, porque el mundo es caótico y nadie mueve los hilos. Pero yo sé que el azar no es más que un idioma antiguo, una lengua silenciosa que el destino aprendió antes de que los humanos siquiera comprendieran la palabra «tiempo», una manera cruel y hermosa de guiar sin imponer, de empujar sin tocar. Y aun así, cuando la vi entrar en aquel cibercafé, supe que ese encuentro no debía suceder todavía, no así, no tan pronto, no cuando ella estaba hecha de bordes afilados y heridas abiertas, tan frágil que un solo roce podía hacerla desmoronarse por completo.

La seguí, no para espiarla ni por obsesión, sino porque algo en su esencia temblaba desde el momento en que despertó aquella mañana, un temblor distinto, más hondo, más antiguo, un eco que yo reconocía demasiado bien: el eco de sus días más oscuros, ese resonar invisible del alma cuando ya no puede sostenerse sola, ese crujido sutil que precede al colapso.

El cibercafé estaba casi vacío cuando ella entró. Un lugar pequeño, discreto, como escondido del mundo, con luces cálidas que intentaban simular refugio, el golpeteo irregular de los teclados como una lluvia artificial, el olor persistente a café quemado mezclado con pan dulce viejo y un zumbido leve, apenas perceptible, de las luces fluorescentes que vibraban como si respiraran. Un lugar imperfecto, pero seguro. Ella lo había elegido sin saber por qué, como siempre hacía cuando necesitaba huir y no sabía hacia dónde, escogiendo espacios al azar aunque su alma siempre supiera exactamente dónde refugiarse.

Yo entré unos minutos después. No necesitaba verla para saber dónde estaba sentada; podía sentirla como se siente una herida abierta en mitad de la niebla, percibir cada hilo de su tensión, cada resquicio de miedo, como si flotara en el aire, pero la miré igual. De espaldas, con la trenza mal hecha, como si no hubiera tenido fuerzas para terminarla, los hombros caídos, vencidos por un peso que nadie más podía ver, las manos recogidas sobre la mesa como intentando ocupar menos espacio del que su dolor exigía. Sus dedos jugaban con la cucharilla de la taza, dando vueltas lentas, inconscientes, y ese gesto me contó historias que nadie más escucharía. Estaba sola, con una taza humeante frente a ella que no bebía, mirando una pantalla que reflejaba su rostro cansado como un espejo cruel; sus ojos viajaban de una palabra a otra, pero era evidente que no leía, cada parpadeo era un intento de mantenerse presente en un mundo que no la sostenía. Ella siempre huye hacia las letras cuando la realidad duele demasiado, como si entre líneas pudiera esconder un corazón que ya no soporta latir fuerte, como si las palabras pudieran coser los pedazos de su alma que se caían uno a uno.

Quise acercarme, inventar una excusa irrisoria, pedirle la hora, preguntar si el enchufe funcionaba, decir cualquier estupidez que rompiera el silencio, solo algo simple,

un saludo, un gesto, algo que le dijera, sin decirlo, que no estaba sola. Pero no podía, aún no, no en ese estado, porque cuando avancé unos pasos más lo sentí, como un golpe directo al centro de una existencia que no me pertenecía pero me importaba demasiado: dolor, frustración, una tristeza afilada, una soledad que le rodeaba el cuello como una soga invisible, apretando lento, sin ganas de matar, pero tampoco de soltar. Y había algo más, un pensamiento oscuro, no claro, no definido aún, pero ahí, creciendo como una grieta bajo los cimientos de su mente, ese tipo de pensamiento que no se formula en palabras, pero susurra imágenes, ausencias, finales.

Me detuve. Mi cuerpo reaccionó incluso antes que mi conciencia; mis manos se tensaron, mi respiración se volvió controlada, medida, como si el mundo se hubiera reducido al tamaño de ese instante. Y fue entonces cuando ella levantó la vista y nuestros ojos se encontraron solo un segundo, pero en ese segundo ocurrió lo imposible. Todo lo que ella es y todo lo que yo soy chocó en ese silencio brutal. Ella no supo qué sintió, no tenía nombre para ello ni podía entenderlo, pero lo reconoció, como se reconoce algo que siempre ha estado ahí pero nunca se ve. Su pecho dio un salto breve, un temblor pequeño que nadie más habría notado; yo sí, y fue exactamente el mismo temblor que recorrió mi existencia entera. Por una fracción de tiempo que no pertenece a ningún reloj, dejé de ser lo que soy y solo fui aquello que la observaba queriendo alcanzarla.

Entonces me obligué a apartar la mirada, a romper lo único que había sido real ese día, a girar como si ella fuera una extraña entre cien rostros. Me odié por ello con una intensidad que jamás había experimentado, pero lo sabía: si me acercaba en ese momento, si pronunciaba una sola palabra, si permitía que ella creyera que yo estaba ahí para sostenerla, podría romperla peor. Podría aferrarse a mí antes de tiempo, apoyarse en mí como se apoya el cuerpo cuando ya